

Población: ¿Qué comeremos hoy?

Por Ilse Bulit

### Servicio de Noticias de la Mujer

La Habana, octubre (SEM).- Sus pasos son lentos, inseguros. Aprendió a caminar hace apenas un mes. Jugaba con caracoles y piedras. Pero, ver llegar a la madre lo hizo levantar, aproximarse a ella y abrazarse a sus piernas. Ella lo separó con brusquedad. Cayó sentado al piso de tierra apisonada con cal. Lloró. La mujer no le hizo caso.

Mostrada esta escena en un vídeo causaría enormes críticas a esta madre. Practicaba la violencia física contra un menor. La huella de un trauma estampada en la mente del hijo. Lanzada la imaginación hacia el futuro, este niño, ya hombre, sería un agresor.

Retornemos a la escena. Ni una mirada hacia el hijo que continúa llorando. Sus ojos están fijos en el fogón improvisado. La leña continuará apagada. El camino, hoy también, sordo a las soluciones. Y si no hay qué comer, no habrá leche para amamantar.

Todos los días encontramos noticias sobre el oficio de tal gen. Todavía no aparece dónde la mujer encierra ese ímpetu que la hace romper con sus uñas la tierra, entregar su sexo, despedazar su espíritu para conseguir un bocado para la prole.

Desde la oscuridad de las cavernas tiene la orden de conservar la especie, su especie. Ella observó cómo las plantas crecen en intercambio con el sol, las aguas, los nutrientes de la tierra. Esta mujer asumió esa ley, antes que los hombres se enroscaran con la filosofía: primero asegurar el bocado alimenticio; después, el intangible y también vital, el de las caricias y los besos de la ternura.

En este instante, millones de mujeres de ojos negros o azules, de cabelleras largas y oscuras, o cortas y encrespadas, repiten esa pregunta: ¿Qué comeremos hoy? Y la respuesta carece del olor a pan recién salido del horno o del sonido de las frituras de maíz en saltos sobre la sartén caliente.

Entonces, a la madre se le agrieta la razón y recibe la amargura del más cercano y débil, el niño; o la también cercana y débil, la anciana abuela.

La pregunta tiene sus variantes, que no siempre toman en cuenta continentes o destinos manifiestos, ni el fin de las historias. Katrina demostró que la pobreza existe también más allá del sur de las miserias estadísticas.

En un país bombardeado por los coloridos anuncios de sabrosas vituallas -- hasta para los animales de compañía-- a la interrogación de qué comeremos hoy se le agregarían palabras fuertes contra el engaño mediático.

Así, la escalera en descenso de la dulzura proseguiría en declive. La amargura caería sobre el retoño.

En Cuba también cambia la pregunta. Del ¿qué comemos hoy? se traslada a un ¿qué cocino hoy? Esta mujer tiene la seguridad de cierto suministro de leche y compotas para sus hijos hasta los tres años, de leche hasta los siete, yogurt de soya hasta los doce, a precio mínimo; junto a los otros artículos de una canasta familiar subsidiada, que si bien mantiene al archipiélago fuera de la lista de los países hambreados, no asegura la dieta balanceada, ni la satisfacción de gustos culinarios durante todo el mes.

Esta madre, por consejo de sus médicos, amamanta al bebé en los primeros tiempos. También recibe información del especialista sobre la alimentación de los pequeños. En los medios de comunicación existen espacios que divulgan la imperiosa necesidad del consumo diario de frutas y vegetales; de las cantidades imprescindibles de proteínas, vitaminas, minerales y carbohidratos que construyen cuerpos saludables.

La atención médica y la educación gratuitas la libran de estas graves preocupaciones. Pero está la otra ansiedad, la diaria, la de tener el dinero y no encontrar el producto en el mercado, o hallar el producto a un precio elevado y que no le alcance el dinero.

Posiblemente ella responda con aspereza a la niña llegada de la escuela, mientras cuenta los huevos depositados en la nevera. Alcanzan para la tortilla. ¿Y mañana? Aún observando la telenovela de turno, la pregunta saltará en su mente y con esa incertidumbre, irá a la cama.

Cargada de tanta información sobre los consumos ideales, su meta es más alta que la de aquella que sólo piensa en acallar los llores del hambre inmediata.

En latitudes y longitudes distintas, bajo creencias místicas o tratados científicos, estas mujeres merecen el perdón contra sus expresiones airadas, sus manotazos injustos, esa larga hilera de agresiones de distintos calibres que hieren en cuerpo y alma de sus hijos.

Con regaños, consejos, oraciones o tabletas farmacéuticas no las curaremos de ejercer la violencia doméstica contra los débiles. El único remedio: librarlas de la diaria preocupación de cómo alimentarlos. Tendrán entonces ganas y tiempo para disfrutar su maternidad y liberar tanta ternura aplastada por las condiciones materiales del día a día.

(fin/sem/05/ib/mrc-sm-zp/796 palabras/3.976 caracteres)